

y los vivos, entre los finados y los que están finando, entre los que *fuieron* y los que pronto dejarán de *ser*. No repetiremos, pues, aquí lo que ya hemos dicho en otra parte; pero sí observaremos que la Reforma, negando el dogma del purgatorio que confesaron los mismos corifeos (1), y á su modo hasta la mas remota antigüedad gentilica (2), aboliendo la misa y demás sufragios y oraciones por los difuntos, cortaron de repente esta grandiosa comunicacion, desapareciendo con ella sus dulzuras y alegrías. Así lo reconocen y confiesan ellos en secreto, como lo manifestaron á madama la princesa de York aquellos dos obispos anglicanos á quienes consultó cuando meditaba su conversion.

En cuanto á las sectas filosóficas, incrédulas y ateas, como no esperan no oran, y no orando ni esperando se privan de los inmensos consuelos de la oracion y de la esperanza.

Advierte muy bien el expositor del Catecismo, Mr. Gaume, que el dogma del purgatorio es mas social de lo que se piensa; porque la oracion por los muertos contribuye no poco á mantener la caridad entre los vivos, «y la caridad es «la garantía de todas las virtudes y la base de la paz pública (3).»

Vamos á terminar nuestro exámen analítico de las doctrinas del Catecismo católico, habiendo creido conveniente dejar para lo último el considerar al hombre como despidiéndose del mundo y entrando rápidamente en sus novísimos.

Como se ve, hemos omitido hablar en la presente obra de los misterios del Cristianismo, cuyo grandioso campo dejamos intacto; tanto porque muchos libros excelentes han presentado con toda claridad las infinitas alegrías y consuelos de su asombrosa grandeza y profundidad, cuanto porque los impíos y los incrédulos, hijos en esta parte de los socinianos y nietos de los protestantes, para quienes estos misterios *son imposturas groseras y peligrosas* (4), ó *doctrinas estrafularias propias para hacer locos y no buenos* (5), sin embargo de que ensalzan hasta las nubes los dispa-

(1) Calvin, *Institut.* lib. III, cap. 5, § 70; Lutero, *Disp. en Leipsick* 6 de julio de 1519, citado por Gaume, *Catecismo de perseverancia*; Bergier, *Diccionario*, artículo *Purgatorio*, y otros.

(2) Voltaire, *Addit. à l'Hist. génér.*

(3) *Catecismo de perseverancia.*

(4) *El militar Mésafo*, citado; *Diccionario*, artículo *Misterios*.

(5) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

tados misterios del Paganismo (1), cuanto porque los impíos, repetimos, especialmente los obcecados, con quienes nada adelantáramos en esta materia, si por casualidad tomaran á las manos este libro, no los escarnezan con sus risas sacrilegas. *Nolumus dare sanctum canibus*. Nos reservamos, no obstante, hacerlo en otra parte (*). Aquí tampoco lo hemos necesitado para nuestro propósito.

CAPÍTULO VII.

NOVÍSIMOS Ó POSTRIMERÍAS.

Con razon podríamos acusar al Cristianismo de impotente, ó de consolador á medias para con el hombre si no hubiera podido ó no hubiera querido extraerle del corazon el terror de sus postrimerías. Si alguna vez se las recuerda (2) es porque le ama; se las pone delante para que no peque (3), y pecando se condene.

Pero el Cristianismo prepara al hombre de tal manera para manifestarle sus novísimos, que no solamente consigue que no le inspiren temor alguno, sino que se los hace desear, se los hace amar, les vuelve dulce y suave su recuerdo y su memoria. Échase de ver muy bien que Rousseau jamás se tomó la molestia de conversar con un verdadero cristiano moribundo, cuando dijo tan necia como impiamente, «que los clérigos con sus exhortaciones amilanaban el pecho y desenseñan á morir (4).» No es extraño que nunca se acercara al lecho del dolor y de la agonía; él no quería ver padecer ni morir á nadie, para *no hacerse inhumano como los médicos y los clérigos* (5). Segun esto un párroco, un agonizante, una hermana de la Caridad deben ser unos tigres. ¡Qué ocurrencias tienen nuestros sofistas! Pero ¿quién sería el inhumano si se lo preguntara al enfermo?

(1) El autor de la *Filosofía de la Historia* citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 3, art. 5.

(*) En una obra que trabajáremos, Dios mediante, con el título de *Teología social*.

(2) «Hijo, acuérdate de tus novísimos en todas tus obras.» (*Ecll.* c. VII, 40).

(3) «Y jamás pecarás.» (*Ibid.*).

(4) *Emilio*, lib. I.

(5) *Ibid.*

El Cristianismo, pues, impeliendo incesantemente al hombre hácia el amor de Dios y hácia una vida virtuosa, le prepara de esta manera para que en vez de aterrarle sus postimerías le sonrían.

«El que ama á Dios de todo corazón, dice el libro de la *Imitación de Jesucristo* (1), no teme la muerte, ni el castigo, ni el juicio, ni el infierno; porque el amor perfecto nos asegura la comunicacion con Dios. Mas nada tiene de extraño que tema la muerte y el juicio el que se deleita en «pecar.»

El materialismo y la incredulidad nos eximirían de buen grado de la tarea de hablar acerca del hombre que entró en la agonía, dado que sus sectarios creen, ó mejor dicho, *quisieran creer y poderse persuadir* de que mas allá de la muerte no está sino la nada. Sin embargo, la muerte no la pueden negar; dado que la filosofía aun no ha descubierto el secreto que Condorcet nos está haciendo esperar; y por mas que digan y por mas que se mofen, *esperan* el juicio, *temen* el infierno, y *envidian* la gloria. «Sois harto feliz,» contestó Voltaire á un sujeto que le escribió haber descubierto que no existía el infierno, «yo estoy aun muy lejos de ello.»

Oportunamente decia Ciceron de los ateos de su tiempo: «No ví ninguno de estos que no temiera mucho mas que otros aquellas mismas cosas que decian no se debian temer; la muerte, quiero decir, y los dioses (2).» Sí; temen el infierno: «y lo que teme el impío, eso vendrá sobre él (3).»

«En lugar de tomar el libertino, dice Nonnotte (4), el único buen partido, que es el de reformarse, pleitea y alega contra la divina Sabiduría, pero su propia razon pleitea y alega contra él mismo con mucha mayor fuerza.»

Pascal les estrecha mas. «En vano, escribe (5), en vano tratan de apartar su pensamiento de esa eternidad que les espera; se adelanta, y la muerte que debe abrirla los pondrá infaliblemente en poco tiempo en la horrible necesidad de ser eternamente aniquilados ó desgraciados... de caer en la nada ó en las manos de un Dios irritado.» De modo que aun

(1) Lib. I, cap. 25.

(2) Lib. I *De natura Deorum*.

(3) «Quod timet impius, veniet super eum.» (*Prov. X, 24*).

(4) *Diccionario Mosáico*, artículo *Origen del mal*.

(5) *Pensamientos*.

contemporizando con su escepticismo es bien terrible por cierto su situacion.

Al decir Epicuro á sus discípulos que era una locura pensar en la muerte, porque este pensamiento eclipsaba la felicidad, él era el verdaderamente loco. Equivale á decir al hambriento: No pienses en la comida, y desaparecerá el hambre.

Pero hemos de ser justos, y confesar que á los incrédulos hace en esta parte excusables su consecuencia; porque tienen motivos muy poderosos para desear no ser eternos. Aquí no serán rectos moralistas, pero son lógicos excelentes. «¿Por qué dudais de la otra vida? les pregunta Young, «¿por qué dudais? Yo os lo diré. Cuando uno tiene motivo para temer lo por venir, no lo desea. Cuando deja de desearlo, busca razones para no creerlo. Así el incrédulo no puede ocultar que tiene mala conciencia. Cuando el pensamiento de la otra vida se aviva y produce remordimientos en su alma, tiembla, se arrastra y cree. ¡Ah! ¿qué prueba mas evidente de la causa que yo defiendo? La incredulidad se desmiente á sí misma, y mal que la pese confiesa que hay otra vida inmortal.»

Concluirémos este capítulo con las mismas palabras con que Tertuliano concluyó su libro *Del testimonio del alma*: «Toda alma es reo y testigo, y en tanto es reo de error en cuanto es testigo de la verdad; y estará en los estrados de Dios el dia del juicio sin encontrar qué decir. Confesabas á Dios y no le buscabas, abominabas los demonios y los adorabas, clamabas á la Providencia y la negabas, entreveias los suplicios del infierno y no te precavias, aprobabas secretamente el nombre cristiano y le perseguías (1)!»

§ I.— Muerte.

La muerte, «noche de ese dia inquieto que llaman vida (2).» Como una flor lozana en la mañana y marchita en

(1) «Omnis anima suo jure proclamat, quæ nobis ne mutire conceditur. Merito igitur omnis anima rea et testis est, in tantum est rea erroris, in quantum testis veritatis; et stabit ante aulas Dei die judicii nihil habens dicere. Deum prædicabas, et non requirebas; dæmonia abominabar, et illa adorabas; judicium Dei appellabas, nec esse credebas; inferni supplicia præsumebas, et non præcavebas; christianum nomen sapiebas, et christianum persequeris.»

(2) Bernardino de Saint-Pierre, *Pablo y Virginia*.

la tarde por los rayos del sol, ó mística en la noche por el rocío; como un buque que rápidamente se desliza sobre las ondas sin dejar en pos de sí el menor vestigio de su paso; como vuelo de ave ó saeta despedida, según el mismo impío (1), así es la vida del hombre. No muy bien ha salido de la infancia á costa de mil dolores y peligros, aun no tiene sino una idea muy oscura de su destino y último fin, apenas ha llegado al instinto de la propia conservación, que para nuestra confusión tienen todos los animales desde el instante de nacer, cuando ya ha entrado en la adolescencia y con ella en la esclavitud de las pasiones. Apenas han comenzado estas á atormentarle y hacerle una guerra cruel, cuando de un salto pasa á la juventud; y ¡ay! desde esta época ya puede renunciar su espíritu á tener un momento de reposo. Á la efervescencia y recrudescimiento de las pasiones se unen entonces la ansiedad, los afanes, las cavilaciones, los desvelos y los negros cuidados de familia, de condición y de estado respectivo. Cruelmente entretenido con estos violentos vaivenes de la vida, ni siquiera advierte que pasa de una manera veloz la madurez de la suya, y cuando menos lo piensa contempla admirado su cabeza encanecida. Pero no muy bien ha echado de ver la pérdida de sus fuerzas y la llegada de la vejez, aun no quiere mirar frente á frente la terrible parca que le espera y que ya debe columbrar, cuando le asalta inopinadamente la muerte que acaba tan triste vida, y que en un momento desbarata todos sus cálculos, todos sus planes y todos sus proyectos. ¡Ah! «el último acto del drama de esta vida termina «por echarnos un poco de tierra (2).»

Esta es la vida del hombre, su vida completa, toda la vida que puede vivir (3) (*). Y con ser ella tan fugaz ¡ay! este no

(1) Sap. v.

(2) Pascal.

(3) «Dies peregrinationis meae centum triginta annorum sunt, parvi et mali.» (*Jacob. in Genes. XLVII, 9*). «Breves sunt dies hominis.» (*Job*). «Dies qui sicut umbra prætereunt.» (*Psalm. CXLIII*). «Quasi gutta aquæ maris deputatæ sunt.» (*Eccli. XVIII, 3*).

(*) En todos tiempos ha sido efectivamente considerada la vida del hombre, una vida infeliz, llena de penas, miserias y calamidades. Job la llamó *militia*, esto es, *guerra*, y la vió llena de miserias, *repletur multis miseris*. (Cap. VII, XIV). El Sábio también la vió llena de dolores y de penas sin tregua aun de noche: *nec per noctem mente requiescit*. (*Eccles. II, 23*). Está, dice san Ambrosio, tan llena de males y trabajos esta vida, que si Dios no nos diera la muerte en castigo, la pidié-

puede prolongarla más de setenta ú ochenta años sino por el dolor (1), son muy pocos los que la recorren toda, porque la implacable parca ni se apiada de la inocencia del niño, ni respeta las venerables canas del anciano, ni transige con las coronas, ni tampoco tiene en cuenta la utilidad de las tareas del sábio (*).

Hemos, pues, colocado al hombre á las puertas de la muerte. Pero este hombre ¿es un verdadero católico, es un protestante formal, ó es un materialista é incrédulo? Porque si es un católico verdadero, él mira á la muerte con la misma calma y serenidad con que el navegante presagia el naufragio cerca del puerto, ó con la misma secreta complacencia con que el prisionero ve acercarse el día de su libertad. Hace ya mucho tiempo que la espera y no le asusta; hace ya mucho tiempo que se prepara á ella y no le sorprende; hace ya mucho tiempo que la desea y le sonríe. Nada, nada tiene de desagradable y mucho menos de horrorosa la muerte para aquel que por su virtud y por sus méritos no contempla en ella otra cosa que una mano amiga que tomándole de la suya le entra en posesión de aquella vida verdadera, gloriosa y sin fin. Cercano á la muerte, habla de ella con resignación y valor cristiano: dispone todas sus cosas con la misma serenidad que si se tratara del asunto más ordinario: llegan los últimos momentos y solo teme una cosa, ¡que se debilita y apaga su razón y con ella el pensamiento, que tiene fijo en su Dios, del que no quisiera apartarse

ramos por misericordia y por remedio, para que aquellos concluyeran. (*Serm. XXXVII de Sanctis*). Según Herodoto, lib. V, á quien también cita san Cipriano (*Lib. II de fide resurrectionis*, n. 5), los naturales de Tracia cuando nacía alguno lloraban, y cuando alguno moría hacían gran fiesta. Y tenían sobrada razón; *nec imprudenter* (*S. Cypr. ibid.*) (*), porque, como dice el Sábio, mejor es el día de la muerte que el del nacimiento. «*Melius est bonum nomen quam unguenta pretiosa, et dies mortis die natalitatis*.» (*Eccles. VII, 2*). El filósofo cirenáico Hegesias pintaba tan al vivo los trabajos y males de esta vida y la dulzura de la muerte, que muchos de sus oyentes se suicidaban, por lo cual el rey Ptolomeo le prohibió hablar de ello. (*Cic. Tusc. lib. I, § 34*). Recordemos con Bossuet y Montesquieu lo peligroso que es enseñar la verdad fuera del orden establecido por Dios, ó sea fuera del Cristianismo.

(1) «*Amplius eorum labor et dolor*.» (*Psalm. LXXXIX*).

(*) «*Natura omnes similes creat, omnes gremio similes claudit sepulchri*.» (*S. Ambros. Lib. de Nabuthe, israelita, cap. 1*).

(*) Son dignos de leerse y muy consoladores en la pérdida de parientes sus dos libros: *De excessu fratris sui Satyri*.

hasta que volando á las mansiones eternas le viese cara á cara!

Esta es la muerte del verdadero cristiano, muerte que no puede menos de ser dichosa, «porque el entero desprecio del mundo, el ardiente deseo de aprovechar en la virtud, el amor á la disciplina, el trabajo de la penitencia, la prontitud de la obediencia, la abnegacion de sí mismo y la paciencia en toda adversidad por amor de Cristo le infundirán gran confianza de morir felizmente (1).» «Preciosa es ante el Señor la muerte de sus santos (2).» «¡Oh! ella es solamente amarga para el impío (3).» La experiencia se halla de acuerdo con esta doctrina. «Ella ha demostrado millares de veces que los que han vuelto al seno de la Iglesia católica mueren inundados de una santa paz, y lleno el corazón de suaves afectos de gratitud hácia Dios (4).»

Pero si el moribundo es un protestante formal, ¿quién podrá describir, quién podrá bosquejar sus tormentos horribles en aquella hora postrimera? ¡Ah! *Sicut vita, finis ita*. La vacilante é insegura regla de fe, que ha hecho el suplicio de su vida, no puede ahora menos de hacer el horror de su muerte.

«Es imposible, dice el sábio autor citado (5), es imposible que el que ha tenido dudas durante su vida, deje de tenerlas en la última hora. ¿Quién es capaz de decir la fuerte opresion de corazón que siente un protestante formal en aquel espantoso trance? ¿quién podrá describir sus mortales congojas, puesto que por un lado todo le condena, y por otro nada le da seguridad? Condénale la Iglesia católica con su severa é inflexible sentencia: *Fuera de la Iglesia no hay salvacion*; condénanle todas las comuniones protestantes disidentes de la suya, cada una de las cuales se arroga la verdad; condénale la antigüedad, que nunca tuvo noticia de su secta; condénanle hasta los mismos autores protestantes, que mil veces repiten en sus obras que el católico puede salvarse en su Religión, mientras que la Iglesia dice, y lo dice altamente como un artículo dogmático

(1) *Imitacion de Jesucristo*, lib. I, cap. 23.

(2) «*Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*» (*Psalm. cxv.*)

(3) San Ambrosio, *De bono mortis*, cap. 7.

(4) J. Perrone, *El Protestantismo y la regla de fe*, parte 3, cap. 12, § 2.

(5) Perrone, *ib.*

de su fe, que el sectario no puede salvarse en la suya.»

Este mismo autor utiliza muy oportunamente la diferencia de la muerte del católico y del protestante, en argumento de la verdad de la regla de fe católica. «Cualquiera, dice (1), á quien no tengan alucinado las añejas prevenciones, conocerá que deben mirarse cuando menos como sospechosas aquellas creencias en cuya profesion se muere constantemente con dolor, con agitacion, con penas, dudas y zozobras; y que por el contrario debe hacerse mucho aprecio de aquella fe siguiendo la cual ve el hombre acercarse la muerte tranquilo, contento y con la mas dulce paz, mejor diré, con alegría y agradecimiento.»

Y si esto es así respecto del protestante, ¿que dirémos de la muerte del impío y del incrédulo? Esta es horrorosa sobre todas las muertes, porque, por una fatalidad suya y un justo castigo del cielo, se convence en aquel trance tremendo y decisivo de que la incredulidad de toda su vida no ha sido mas que un fantasma de incredulidad forjada y sostenida por sus vicios, por lo que le lisonjeaba, dado que es incontestable que si no hubiera hombres viciosos que se ven en la triste necesidad de aturdirse, tampoco habria incrédulos. Entonces descubre la realidad, ¡y qué realidad! Si mira á lo pasado, su depravada vida le espanta; si mira á lo futuro, y aun futuro que ya cree real y eterno, se horroriza con la idea de aquel infierno de que ya sufre los preludios. Conducido veloz y alternativamente su pensamiento desde el mundo que deja á la eternidad que presiente, tal vez pide aterrado que llamen á aquel mismo sacerdote católico de quien se mofó; pero sus amigos y domésticos, que por entonces no están en el caso de pensar como él, creen que delira, y concibiendo como un horror infernal, cierran sus oídos á los clamores del insensato. Ya no tiene tiempo el infeliz mas que para desesperarse, y su agonía violenta parece que saca el principio de sus convulsiones del terror tremendo de su mente moribunda.

El hombre que vive en el vicio y en la incredulidad no puede soportar la idea de la muerte. ¡Qué insensato el autor del *Buen sentido* al decir «haberse hecho incrédulo para ser feliz y no vivir siempre temblando (2)!» Pero el virtuoso go-

(1) Perrone, *El Protestantismo y la regla de fe.*

(2) Citado por Bergier, *Diccionario*, artículo *Incrédulo*.

za, piensa en ella, y se retira á reflexionar sobre ella. Este pensamiento aterra al impío, y en vez de utilizar este terror marcha insensato á aturdirse en el lodazal fangoso de los vicios. «¡Oh muerte, dice el Sábio, cuán amarga es tu memoria para el hombre que tiene el corazón pegado á sus bienes (1)!»

«¡Ah! exclama Lamourette (2), cuán desgraciado es el hombre que se ve precisado á desentenderse de la inevitable necesidad de morir! ¡Y cuán glorioso es para la Religión (católica) que solo en su seno sea la muerte una felicidad! La impiedad, que ha impugnado y oscurecido todas las verdades que perturban el vicio, debe sentir mucho el no poder negar la muerte. Si hubiera podido desterrar del mundo esta creencia, nada hubiera faltado á sus esfuerzos y astucias para animar nuestras pasiones y extinguir nuestros remordimientos. Sin duda hubiera colocado esta verdad, como otras muchas, en la clase de las *ideas supersticiosas*, si el género humano muriese de un modo invisible, así como resucita, y no se viera á los hombres descender todos los días al sepulcro. Mas la incredulidad nada puede en un asunto en que la experiencia apoya á la revelación, y nos abandona en el caso en que nuestra corrupción tiene mas necesidad de que se desvanezca ó dulcifique su oprobio ó su espanto. La irreligion abulta todavía los horrores que cubren los sepulcros de los hombres, y dobla en cierto modo nuestra muerte el hecho de quitarnos nuestras esperanzas sin quitarnos los temores. Solo el cristiano no ve su destrucción en parte alguna, y halla la certeza y la prueba de su estabilidad hasta en el fondo de los abismos y de las tinieblas subterráneas que se han tragado todas las generaciones del universo.»

Oigamos por último á Massillon hacer una fiel y tremenda pintura de la muerte del impío: «En medio, dice (3), de tan tristes esfuerzos sus ojos se fijan y quedan inmóviles, se mudan sus facciones, se desfigura su rostro, y su boca cárdena se entreaire por sí misma; todo su espíritu se estrema, y por esta última convulsion, arrancándose el al-

(1) «O mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis!» (*Ecclí. xli, 1*).

(2) *Delicias de la Religión*, cap. 10.

(3) Adv. muerte del pecador.

«ma con pesar de su cuerpo de barro, se encuentra sola al pié del formidable tribunal (1).»

§ II.—*Juicio* (2).

Ya tenemos efectivamente á los tres, al católico, al protestante y al incrédulo en las gradas de aquel tribunal incorruptible, y fácil es adivinar la sentencia que recaerá en la causa de cada uno de ellos (3). Hablarémos de esta sentencia en las dos restantes postrimerías del hombre, y veamos ahora las consoladoras ventajas de la creencia de este novísimo. Platon habló de él en sus *Geórgicas* en un sentido exactamente católico (4). Mucho antes que él le explicaron de la misma manera los persas y los egipcios. Examinémosle bajo el doble aspecto *de remedio de apelacion y de indemnizacion cumplida*.

Cuando el hombre se ve atropellado por el poderoso, cuando es víctima de la maledicencia y de la calumnia, cuando sin razon es perseguido ó esclavizado por la tiranía, le queda sin embargo el solaz de la esperanza, si le es concedido el remedio de apelacion á un tribunal severo é incorruptible que revoque la sentencia inicua de los que le condenaron en la tierra, declare su inocencia, vindique su justicia, le reinstale en sus derechos, y ejerza una tan terrible como justa venganza en aquellos que le trataron con despotismo. Mas siendo ya irrealizable en él la indemnizacion civil, dado que salió de esta vida, recibe un segundo y mas grande consuelo á vista de aquella otra indemnizacion inmensa que le está preparada en recompensa gratuita de sus padecimientos. Ved aquí al cristiano desgraciado saboreando el consuelo por medio de este novísimo, sea ó no verdadero, como le plazca al impío.

¿Y el materialista? y el incrédulo? ¡Ah! qué horrorosa debe ser su injusta persecucion y su desgracia! No concediendo al impío su incredulidad el remedio consolador de la

(1) «Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt.» (*Job, xxi, 13*).

(2) «Jubicabit orbem terræ in æquitate, et populos de veritate sua.» (*Psal. xcvi*).

(3) «¡Ay de vosotros, hombres impíos que desamparasteis la ley del Señor altísimo!» (*Ecclí. xli, 11*).

(4) Tom. 14, pág. 166.